



*Serie de publicaciones pedagógicas breves
realizadas por el equipo docente de la
Unidad de Apoyo Central del SIED*

LA EVALUACIÓN. UNA DIMENSIÓN SENSIBLE EN CONTEXTO DE ASPO y DISPO QUE ATRAVIESA LAS PRÁCTICAS QUE ACONTECEN EN LA UNIVERSIDAD

Las prácticas de evaluación integraron nuestra vida académica desde siempre y hoy cobran una renovada importancia al situarse en un nuevo contexto, desafiante y “forzoso”, cargado de incertidumbre. Ante ello, esas prácticas han asumido nuevas modalidades, algunas apoyadas en saberes construidos en el ámbito de la educación a distancia, nuevas, improvisadas ante la emergencia y la escasez de tiempo para resolver, y todas cimentadas en la experticia que cada quien había construido a lo largo de su trayectoria académica. Nuestra bitácora anterior dedicada a este tema, titulada [“Evaluación didáctica. De apertura y reduccionismos.... De reflexiones y paradojas.”](#) focalizó una de las primeras preocupaciones de quienes trabajamos en la docencia universitaria, la evaluación de los aprendizajes, mientras que actualmente la atención se ha expandido a todas las dimensiones y funciones que requieren evaluación y que dan cumplimiento a los objetivos que se encaran en la universidad.

Para Bertoni, Poggi y Teobaldo (1996) esta actividad consiste en la atribución de un juicio de valor a una realidad observada. El acto evaluativo forma parte de esa realidad educativa que se sitúa entramada con otros campos como el científico, artístico, tecnológico, cultural, en un contexto histórico-social determinado política y económicamente. A su vez, ese acto constituye una actividad de comunicación ya que implica producir un conocimiento y transmitirlo, es decir, ponerlo en circulación entre diversos actores involucrados, lo que acarrea las mismas vicisitudes que toda



comunicación entre sujetos sociales. En su polisemia, desde el punto de vista semántico, aparecen involucrados diferentes significados: **verificar - medir - valorar - comprender - aprehender - conocer - juzgar - comparar - constatar - apreciar - decir - ayudar - cifrar - interpretar - estimar - experimentar - posicionar - expresar**. Ello implica la existencia de distintas perspectivas: evaluar es medir con precisión, expresar una cantidad precisa; también evaluar implica operaciones como estimar, apreciar, es decir pronunciar un juicio cualitativo y aproximarnos a una realidad.



La evaluación muestra, por un lado, un perfil filosófico en tanto plantea un problema de valor, del sentido y de la significación de aquello que se evalúa, y por otro lado, un perfil técnico constituido por los métodos, técnicas empleados para **“dar cuenta y rendir cuenta”**. Este perfil se asocia con la noción de control, término que vinculado con el sentido administrativo de su origen (**contre-rôle**), en tanto conjunto de procedimientos que tiene por objeto establecer la conformidad (o la no conformidad), y aun la identidad, entre una norma, un patrón, un modelo y los fenómenos u objetos con los que se los compara, y en ausencia de ésta conformidad o identidad, establecer la medida de su diferencia. A su vez, la evaluación implica la problematización sobre los valores y sobre el sentido de lo que ocurre en la situación observada. Evaluar es aprehender significaciones propias, particulares de los actos humanos en los cuales la dimensión temporal es histórica e irreversible porque consiste en el tiempo vivido.

Sin embargo, sostiene Litwin, más allá de la oposición entre ambos procesos, ellos comparten ciertas funciones comunes indispensables para la regulación crítica de la acción. Regulación, porque permite ajustar las acciones con relación a un objetivo establecido, y crítica, porque dicho ajuste se realiza a partir de una lectura orientada. Para Bertoni, Poggi y Teobaldo, evaluar implica tomar distancia de la realidad que se analiza para poder pronunciarse sobre ella en un contexto decisional dominante. Aunque no existe una lectura directa de la experiencia, hay un proceso de interacción entre el evaluador y la realidad a evaluar. El evaluador construye el referente, es decir, aquello con relación a lo cual se va a efectuar la evaluación.



Camilloni, para quien la evaluación es un recurso relacionado con la enseñanza y el aprendizaje, lo sustantivo son la enseñanza y el aprendizaje: qué se enseña y qué aprenden los estudiantes. En el siglo XX surge una preocupación especial por el tema, nacida del conductismo que se plantea

como un problema técnico la evaluación. Pero, no es sólo un problema técnico, es, fundamentalmente, una operación de construcción y de comunicación de un juicio de valor; los que nos plantean los problemas éticos innegablemente. Aunque pueda plantearse en diferentes dimensiones, de aprendizajes, docentes, materiales de estudio, gestión, extensión, la evaluación implica generalmente aspectos comunes que siguen una secuencia lógica y cronológica, a pesar de que su ejecución no es necesariamente lineal, por ejemplo:

- a) relevamiento de información mediante distintos procedimientos (observación, exámenes, trabajos prácticos, entrevistas, documentos);**
- b) análisis de los datos según marcos de referencia;**
- c) producción de conclusiones, como juicios de valor o datos cifrados;**
- d) comunicación a los actores involucrados o divulgación a otros;**
- e) toma de decisiones para intervenir activamente.**

La evaluación, tanto diagnóstica como formativa y sumativa, consiste en un proceso. Dice Álvarez Méndez, 1993 **“No se deje arrastrar por las trampas del lenguaje,”... “haciendo de la evaluación continua una serie de evaluaciones sumativas sobre las fases cerradas de contenido o de tiempo, cuando la posibilidad de ayudar al alumno ya ha pasado”** (p. 28). El carácter **“formativo”** de la evaluación, independientemente del nivel educativo, dimensión de análisis, y de la estrategia de mediatización seleccionada (Bertoni, 1997; Celman, 1998), impone el énfasis en la vertiente comunicativa de la evaluación. **“Las vías de crecimiento y representación del saber desbordan ampliamente el encorsetamiento artificial y estático que representa el sistema de calificación”** (Álvarez Méndez, 1993, p. 28).

Las dimensiones y categorías que aparecen en los textos clásicos que abordan la evaluación educativa se han enriquecido con las nuevas miradas que proveen los trabajos que vinculan aquellas construcciones teóricas con los contextos de aprendizaje que nos aporta la realidad actual. La **“innovación educativa”** nos abruma con cantidad de libros, artículos, reportes e investigaciones difundidas. Por ejemplo, la cuestión de los metadatos desde una perspectiva comunicacional, informativa, pedagógica y técnica nos brinda potentes y enriquecedoras lecturas tanto de procesos de enseñanza y de aprendizaje como de participación y gestión académica que aportan a la evaluación. Por ejemplo, el trabajo de Kortabitarte y otros (2017) resignifica a Kaplún (1998), al adaptar sus modelos comunicativos para la evaluación de aprendizajes en APPs sobre patrimonio. Toman en cuenta también la pirámide de compromiso propuesta por Charlene Li (2010) para medios sociales y los niveles de participación social planteados por Patterson, Kirk y Wallace (citado por Sheedy, 2008). Cuando abordan la dimensión técnica (Hernández Ramírez, 2014), estudian el nivel de personalización y por último los procesos de enseñanza y de aprendizaje, recuperando a autores de una línea más bien cognitiva.

Entre tantas posibles, existen perspectivas investigativas que enfocan del vínculo entre motivación y aprendizaje que evidencian relaciones entre la evaluación y la metacognición. Estudiadas por autores como Alonso Tapia, 1995; García Legazpe, 2008; Huertas, 2001; Mejía Carbonel, 2006; Montero y Huertas, 1997; Rinaudo, Chiecher y Donolo, 2003; Tricker, Rangecroft, Long y Gilroy, 2001, algunas presentan miradas específicas Rainolter, Malvassi y Garmendia, 2008 y Valenzuela González, 1999 para la educación a distancia. Dichas vinculaciones emergen como evidentes cuando se focaliza el análisis en el peso que tiene la evaluación, sobre todo atendiendo a lo arraigado de sus tradiciones asociadas con la medición, que generan situaciones etiquetadas como “éxito” o “fracaso”. Según Jackson (1992, p. 14) **“...mucho antes de llegar a la edad escolar, cada niño experimenta el dolor del fracaso y el júbilo del éxito; pero sus logros, o ausencia de estos, no se hacen oficiales hasta que ingrese al aula. A partir de entonces, se acumula poco a poco un registro semipúblico de su progreso y, como estudiante, tiene que aprender a adaptarse al espíritu continuado y penetrante de la evaluación que dominará sus años escolares...”**

Bibliografía

- Álvarez Méndez, J. M. (1993). “El alumnado. La evaluación como actividad crítica de aprendizaje”. En *Cuadernos de Pedagogía; Nº 21: Evaluar las evaluaciones*.
- Bertoni, A., Poggi, M. y Teobaldo M. (1996) *Evaluación, nuevos significados para una práctica compleja*. Kapelusz, Buenos Aires.
- Camilloni, A. (1998). *La evaluación de aprendizajes en el debate didáctico contemporáneo*, Buenos Aires Paidós Educador.
- Jackson, P. (1992). *La vida en las aulas*. Ediciones Morata.
- Kortabitarte, A.; Ibañez-Etxeberria, A.; Luna, U.; Vicent, N.; Gillate, I.; Molero, B.; Kintana J. (2017) *Dimensiones para la evaluación de aprendizajes en APPs sobre patrimonio*. Pulso. Revista de Educación. Universidad de Alcalá, Madrid (España)
- Rainolter, A.; Malvassi, S.; Garmendia, E. (2007). “Visiones y confluencias entre la motivación y las prácticas evaluativas en la educación a distancia.” *Actas: EDUTECH 2007: Inclusión digital en la educación superior. Desafíos y oportunidades en la sociedad de la información*. Buenos Aires.